

Pedro Lira

“El Salón de 1889”

en Revista de Bellas Artes, Año I, N° 2,
pp. 65-71

REVISTA

DE

BELLAS ARTES

AÑO I.

Santiago, Diciembre de 1889

NÚM. 3

EL SALÓN DE 1889

I

El triunfo obtenido por los artistas chilenos en la Exposición Universal de París coloca á nuestra escuela en una situación preponderante en toda la América latina.

A los siete artistas allí recompensados hay que juntar los nombres de Errázuriz y de Valenzuela laureados en los Salones de 1888 y 1889; y aun podríamos agregar los de Plaza y Orrego, que no concurrieron al gran certamen, y el de Jarpa, cuyas obras fueron tan deplorablemente exhibidas, que para bien apreciarlas los jurados deberían haber usado un telescopio, á tan ridícula altura se hallaban suspendidas.

Y ya que los artistas nacionales han contribuido al honor de Chile en el viejo mundo, justo nos parece llamar la atención á la manera poquísimo galante con que fueron tratados por la comisión organizadora. *A pesar de haber mediado una solicitud con este objeto*, no se dió paso alguno para pedir al Gobierno francés un local á propósito en la sección internacional del palacio de bellas artes. Por este motivo hubo que colocar las pin-

turas chilenas en el propio pabellón, con luces encontradas por todas partes que las llenaban de reflejos y á una altura desproporcionada, sobre los estantes de la mineralogía. Todo lo cual es mucho más vituperable vista la actitud guerrera que revistió aquella comisión en los reclamos dirigidos por los artistas, los mismos artistas que acaban de ganar su causa en el tribunal de alzada del jurado internacional, presidido por Meissonier y compuesto de las primeras notabilidades europeas.

Pero, en fin, por pésimas que fueran las condiciones en que se les llevó á la lucha, los artistas chilenos ganaron la gran batalla de la inteligencia; y la elevación así reconocida de nuestro nivel artístico impone nuevos deberes á la crítica seria. A mayor abundamiento, si las obras de escultura premiadas en la gran ciudad fueron ejecutadas en ese inmenso centro de actividad intelectual, las de pintura fueron todas inspiradas y pintadas en Chile con los poquísimos medios y consejos de que puede disponer un artista en nuestra naciente civilización.

Antes se consideraba un honor para un artista

chileno el ser recibido en el Salón anual de París: de hoy en adelante ser recibido será una obligación y solo el premio será un honor.

Por lo mismo tienen que variar los deberes de la crítica, y hacerse ésta más ilustrada y severa.

II

LA ESCULTURA

Damos principio por este capítulo á nuestro estudio del Salón, no sólo porque pertenecen á la estatuaria las obras más recomendables de la Exposición actual, sino también por deferencia á Virginio Arias que acaba de obtener en París un premio que lo coloca más arriba que todos los escultores de ambas Américas, puesto que ni en la gran república de los Estados Unidos se ha encontrado ninguno digno de obtener la elevada recompensa atribuida al artista chileno.

En la numerosa colección exhibida por Arias las obras más notables son sin duda alguna el grupo de "Dafnis y Cloe", la estatuilla que el autor ha titulado "Hojas de laurel", los bustos de "Gelón" y de "Riquelme" y por fin el medallón de la "señora Cádiz de Lagarrigue".

Estos trabajos pertenecen á dos épocas diferentes y denotan una acentuada evolución en el talento del artista.

En su grupo de "Dafnis y Cloe", obra acabadísima en todos sus detalles y de una gran delicadeza de concepción, pero ejecutada en yeso é iniciada en mármol hace ya varios años, se nota la influencia del antiguo profesor de Arias, Mr. Jouffroy. Más académica y menos personal y robusta que sus obras posteriores, esa creación de Arias nos da la medida de su educación técnica más que la de su temperamento artístico. Pero considerado el grupo de "Dafnis y Cloe" en el terreno en que nos colocamos para juzgarlo, es imposible no admirar la ciencia de la ejecución, el equilibrio de las líneas generales, la gracia

delicada de los dos adolescentes, y dejar de aplaudir esta nueva interpretación de la tierna pastoral de Longus.

En la estatua de chiquilla, "Hojas de laurel", así como en el busto de "Gelón" y en el medallón de la "señora de Lagarrigue" la transformación de Arias es completa.

Cediendo á las influencias del naturalismo que se respira actualmente en la atmósfera de las artes y de las letras, nuestro distinguido escultor ha buscado una manera más sana, más personal y más varonil que la que dominaba en sus producciones anteriores; la ha buscado y la ha encontrado sin dificultad.

Haciendo una pequeña salvedad en cuanto al tipo no muy feliz, pero de un candor admirable, de la chiquilla que tiene en su diestra unas hojas de laurel ¿cómo no sentirse conmovido y apasionado por la profunda verdad de ese cuerpecito de adolescente, en que todas las formas se encuentran apenas bosquejadas por la edad, flexible y tierno como una flor, delgado y esbelto como una gacela, inocente y puro en tal extremo que podríamos creerlo una estatua de la castidad?

El busto de "Gelón", por su parte, nos muestra todo lo que Arias es capaz de hacer como firmeza de construcción, como energía de modelado, como pintoresco de factura y como expresión profunda de un carácter. Este busto de tipo romano y atléticas formas podría figurar con honor en cualquiera colección europea.

Con no menos ciencia y con un acento de vida alucinador, el picante y peculiarísimo perfil de la "señora de Lagarrigue" y el hermoso retrato de "Riquelme", nos muestran por otra faz la nota dominante que indicábamos hace poco en el talento de nuestro distinguido escultor, su preocupación constante de sorprender la vida en la caracterización sincera y elocuente de las particularidades de su modelo. Es el arte que se hace pequeñito en presencia del natural, para estudiarlo

libre de convenciones y entra en su intimidad para sorprender sus más profundos secretos. De otro modo, es el disimulo del arte y del esfuerzo para no caer en la receta de escuela ni en lo postizo ni en lo bello *bourgeois*, es decir de pacotilla, por más que esta sea la cuerda más fácil de hacer resonar ante las multitudes ignorantes, como lo son todas de Santiago á Pekín, aun pasando por París.

Sin detenernos en los demás trabajos de Arias por no caer en repeticiones, pasamos á la "Quimera!", la obra capital y misteriosa de Nicanor Plaza.

Decimos "misteriosa" porque no sabemos el alcance que el autor ha querido dar á la palabra *quimera*. ¿Es simplemente el sentido de ensueño, fantasía ó pesadilla? ¿ó nos encontramos aquí en presencia de la Quimera antigua?—Como la primera significación sería demasiado vaga y el pensamiento del artista parecería oscuro, nos atenderemos á la segunda.

"La Quimera era un monstruo terrible, hija de Tifaon y de Equidna: su cabeza era de león, su cola de dragón y su cuerpo de cabra, y, según algunos, tenía las tres cabezas de estos animales. Vomitaba llamas por sus fauces abiertas y desolaba el país, sin que nadie se atreviera á atacarla". (René Ménéard. La mitología en el arte antiguo y moderno).

En eso de desolar el país debe comprenderse en primer lugar la mala costumbre de robar y comerse á las muchachas bonitas, manera de desolar los pueblos por la que han tenido particular predilección los monstruos de todos los tiempos.

Este creemos que es el verdadero tema que Plaza ha querido representar.

Con relación al asunto no encontramos al monstruo suficientemente caracterizado; y en cuanto al sentimiento que había que expresar en la mujer, nos parece que el autor ha vacilado

entre la desesperacion y el aniquilamiento, sin decidirse francamente por ninguno. Para estar desesperada, falta á la mujer crispación, y para el anonadamiento le falta lasitud.

La obra por lo demás está todavía en bosquejo, y el artista tiene anecho campo para acentuar sus intenciones y variar aquí y allá ó apoyar vigorosamente donde mejor le convenga para el completo lucimiento de su obra.

Pero dada ésta tal cual figura en el Salón, la "Quimera" de Plaza nos parece una de sus más brillantes y atrevidas creaciones y, sin duda alguna, la más harmoniosa é inspirada figura de mujer que haya imaginado hasta ahora.

Desearíamos que el gobierno le encargara su ejecución en mármol para que figurara en nuestro museo al lado del "Dafnis y Cloe" de Virgilio Arias.

En cuanto al carácter dominante en el talento de Plaza, lo es sin duda alguna el movimiento y la violencia. Por eso sus mejores producciones son el "Caupolicán" y el "Muchacho de la chueca", dos obras llenas de energía, á las que podremos agregar más tarde la "Quimera", si el autor llega á terminarla con la ciencia de ejecución que aplaudimos en las anteriores. Perteneciendo por sus tendencias á la escuela romántica, la factura de Plaza, menos pintoresca que la de la nueva escuela, es siempre varonil y á veces atrevida.

Ausente de nuestras exposiciones desde hace varios años, J. Miguel Blanco exhibe en este Salón diversos trabajos de distinta importancia, el más interesante de los cuales es su bajo relieve "In memoriam", alegoría que representa los genios de la pintura y de la escultura llorando la muerte del fundador de los premios Edwards.

Es ésta á nuestro juicio una de las obras más acertadas que ha producido el autor. Hermosa combinación de líneas, ropajes bien dispuestos, gran claridad de intención: tales son las cualidades que la recomiendan al interés del público.

El defecto de la obra y el motivo secreto porque no conmueve es la ausencia absoluta de personalidad, tanto en la composición como en la factura. Es un trabajo honrado pero sin vibración.

Si el gobierno, como lo creemos, adquiere para el museo la reproducción en mármol de este bajo relieve y si el autor va á ejecutarlo en Europa, no dudamos de que en el contacto inmediato de la escuela moderna y á la vista de las obras inspiradas de los grandes escultores franceses, Blanco encontrará acentos más apasionados y una manera más individual que la que ha caracterizado sus producciones anteriores.

Sentimos que el Salón no encierre ninguna obra de Carlos Lagarrigue, ni de Heningshen, premiados ambos en la Exposición Universal de París, porque su presencia habría completado la sección de escultura y nos habría permitido apreciar en un solo cuadro todos los talentos y todos los elementos de progreso de la estatuaria nacional.

De todos modos, basta y sobra con lo que tenemos á la vista para juzgar del inmenso camino que hemos recorrido en los últimos años y para mirar confiadamente al porvenir.

III

LA PINTURA

Los cuadros del Salón de 1889 son más ó menos tan numerosos como los de los años pasados, á pesar de la abstención de varios de nuestros más conocidos artistas, lo que es un excelente síntoma de vitalidad en la naciente escuela. Este es también el más seguro gaje de la continuidad de nuestras exposiciones.

Ahora si queremos investigar la causa de esas abstenciones, la encontraremos invariablemente en razones de interés comercial ó pecuniario.

Los artistas chilenos que trabajan en Europa no nos envían sus obras á causa de los ridículos derechos de aduana que los oprimen.

Los que, residiendo entre nosotros, se abstienen por sistema, obedecen al temor de ver disminuida su clientela desde el día que se atreven á presentarse ante el juicio del público y en los certámenes periódicos.

Los artistas extranjeros que observan la misma conducta, explotadores en su mayor parte del mercado porteño, conocen demasiado su insuficiencia para venir á afrontar la luz de las exposiciones, que destruiría pronto su embozado y lucrativo comercio.

Ahora bien, para el lucimiento del Salón anual nada importa la abstención de estos dos últimos grupos. Pero sí nos importa y mucho la abstención del primero, que representa una de nuestras mayores fuerzas y acaso el elemento más seguro de nuestro porvenir artístico.

Por lo mismo hace ya tiempo que venimos luchando por la abolición de esos derechos aduaneros y por la creación de un premio pecuniario en beneficio de los artistas que componen aquel grupo. Felizmente nos consta que el primer punto será reformado en la próxima revisión de las tarifas; y en cuanto al segundo, tenemos en nuestras manos una carta de S. E. el Presidente de la República en que nos promete patrocinar esta idea.

Confiados en que luego veremos implantadas tales reformas, que influirán muy poderosamente en el brillo de los Salones venideros, entramos al estudio de las pinturas en la Exposición del 89.

Y antes de todo, séanos permitido saludar al profesor Mochi que, con su hermosa "Florista pompeyana", su "Puesto de sandías" y sus acuarelas, contribuye de una manera harto eficaz al brillo del Salón actual.

Los dos triunfos serios y reconocidos de este año son el de Onofre Jarpa con su "Paisaje de otoño" y el de la señorita Celia Castro con sus "Playeras".

Jarpa que, como venimos afirmándolo con entera conciencia desde hace ya algún tiempo,

es el más distinguido de nuestros paisajistas, ha enviado al Salón tres pequeños cuadros que revelan de una manera irrefutable la viveza é individualidad de sus emociones delante del natural, la maestría de su factura y la atrevida verdad de su colorido.

En su "Marina", estudio de una sinceridad á toda prueba, debemos elogiar particularmente la justísima observación en el movimiento y en el color de las aguas, que son dignas de cualquier especialista.

Pero nada es más conmovedor en su tranquila sencillez que ese admirable campo de cardos secos, tocados con extraordinario primor y maestría, que el autor intitula "Paisaje de otoño". El cielo, de un gris plateado y brillante, deja entrever por espacios su azul transparente; algunos ligeros nimbus se pasean sobre aquel argentado campo á impulsos de los frescos vientos del otoño; los álamos despojados contribuyen á acentuar el sentimiento melancólico que ha conmovido al artista; y las líneas poco sostenidas de los cerros del fondo imprimen mayor carácter de verdad á ese inspirado conjunto.

Felices nos sentimos al poder enviar al autor nuestro elogio sin ninguna especie de reticencias.

Al hablar de la señorita Celia Castro debemos ante todo felicitarla por el premio que acaba de discernirle en París el gran jurado internacional, recompensa que ha venido á indemnizarla ampliamente de la tremenda injusticia de que la hizo víctima el jurado oficial chileno de 1888.

En aquella época nos levantamos casi todos los artistas nacionales para protestar de semejantes tropelías, y acordamos para la señorita Castro un diploma de honor que contrabalanceara el fallo apasionado ó poco esclarecido de aquel jurado. Los que nos acusaron entonces de tumultuosos ¿qué han debido pensar cuando los Meissonier, los Bonnat, los Paul Laurens, los Breton, los

Carolus Duran, se han puesto de nuestro lado y han confirmado el fallo de los artistas chilenos, dando á la señorita Castro una medalla que no ha tenido antes que ella ningún americano, hombre ó mujer, que haya hecho sus estudios en la patria, sin haber visitado jamás las ricas galerías europeas ni haber respirado nunca la atmósfera saturada de arte de las grandes capitales del viejo mundo? No éramos, pues, nosotros los apasionados ni los subversivos: lo fueron la Comisión de Bellas Artes y su extraño jurado que, en beneficio de una personalidad sin valor real, trataron á los artistas como carne de cañón.

El cuadro de las "Playeras", único que la señorita Castro ha enviado al Salón actual, viene á probar una vez más el vigor y la originalidad de su talento, sus indiscutibles dotes de observadora y sus brillantes facultades de colorista.

No necesita la autora ni grandes personajes ni sedas ni palacios para interesarnos: le bastan el más sencillo episodio de la vida diaria y los tipos más humildes. Allí donde todo el mundo pasa indiferente, ella descubre el tema de un cuadro que su alma llena de encanto y poesía á fuerza de llenarlo de armonía y de verdad.

¿Qué cosa más vulgar y en apariencia más pobre que su asunto de este año? Dos muchachas harapientas, dos merodeadoras de carbón de piedra que van á la playa á recoger los desperdicios de los cargadores; algunos de éstos con sus lanchas en el fondo y algunas otras figuras del pueblo afanadas y mugrientas: eso es todo. Pero los tipos están tan bien elegidos y caracterizados, los movimientos son tan naturales, los escasos detalles tan sinceros, el terreno tan sólidamente interpretado, el mar y el cielo tan vibrantes, los lejanos cerros tan oportunamente alumbrados por los últimos rayos del sol, que todo aquello conmueve y atrae con fuerza irresistible apoderándose una vez por todas de la atención del observador, aun el más indiferente.

Pero el éxito mismo de la obra y la estimación que sentimos por el talento de la autora nos imponen el deber de llamar su atención sobre las negligencias de su dibujo, que, si en verdad tiene el mérito de lo imprevisto y del movimiento, podría ganar notablemente en corrección.

Merecida nos parece la medalla que el jurado ha discernido á Lemoine por su retrato del conocido litógrafo Mr. O. B. La tranquila tonalidad del conjunto, la naturalidad de la actitud y la firme modelación de la cabeza recomiendan altamente ese retrato, sin que dejemos de apreciar la aplicación y el esfuerzo del autor en los demás que ha mandado al Salón. Lemoine, como el paisajista Somerskales, es una excepción honrosa entre los pintores extranjeros que profesan en Chile: trabaja con empeño y progresa de año en año.

Pasamos ahora á hablar de Nicolás Guzmán, autor del "Hundimiento de la Esmeralda", que es el esfuerzo más considerable entre las pinturas de nuestra Exposición.

Y á fin de juzgarlo de una manera equitativa y de poder tributarle todos los elogios que merece su generosa audacia, debemos principiar por decir que su obra nos sorprendió á todos inmensamente, siendo una voz unánime que Guzmán había sobrepujado con mucho cuanto hubiéramos podido esperar de él. A este respecto, su cuadro no sólo es el de más largo aliento, sino que ha sido también la buena sorpresa más completa de todo el Salón.

En efecto ¡qué diferencia entre su "Pedro Valdivia", su "Organero ambulante" y su gran composición del heroico fin de la Esmeralda! Cuanto digamos será poco para el aplauso que merece el paso gigantesco dado por el autor.

Pero si por ese punto de vista no tenemos sino elogios que tributarle, no nos sucede lo mismo cuando lo comparamos con el resto de la escuela

chilena, y cuando tratamos de estudiar el valor intrínseco de su honrosa producción.

Como carácter, la obra carece de dignidad y elevación á causa de la frialdad de unos personajes y de lo grotesco de otros. La verdad histórica ha sido también sacrificada en detalles importantes. El dibujo es del todo insuficiente en las figuras; y la coloración del mar, muy bien observada en el primer plano, es falsa en el segundo.

El triunfo del autor es, pues, solamente relativo, pero en este sentido es inmenso.

Otro grande esfuerzo, pero éste menos coronado por el éxito, ha sido el de Rafael Correa.

Su composición de "Rengo persiguiendo á los españoles" es precisamente lo contrario de la de Guzmán, es una obra incompleta, pero llena de hermosas cualidades. Su indio es el más valiente estudio de dibujo de todo el Salón; el paisaje y el cielo de su cuadro son la obra de un colorista. Pero desgraciadamente el total es algo descuido, sobre todo en lo que respecta á las figuras de los españoles y en el terreno del primer plano.

Sin embargo, mirando al porvenir, entre la ruidosa victoria de Guzmán y el éxito indeciso de Correa, nosotros preferiríamos este último; sobre todo si echamos una ojeada á la sala contigua, en la que figuran cuatro dibujos que hacen el más alto honor á nuestro joven artista.

Un pintor desigual en su producción, pero constantemente en progreso y generalmente gustado del público es Enrique Swinburn. Sus envíos de este año, como los de los años anteriores, son en extremo heterogeneos, descollando entre todos su marina del "Muelle fiscal de Valparaíso", de una entonación gris muy delicada y de una gracia muy atrayente en la composición.

Es indudable que el día que Swinburn se decida á estudiar la naturaleza con mayor escrupulosidad podrá figurar con brillo al lado de nuestros mejores paisajistas. Nuestras felicitaciones por su premio en el certamen Edwards.

Ahora nuestro saludo de bienvenida á los jóvenes que llegan á engrosar la falange artística en lucha por su propio desarrollo y por el progreso general de las artes chilenas.

El temperamento de pintor más espontáneo, más atrevido y elocuente de los artistas que combaten por llegar á la notoriedad entre nosotros, es, á juicio de todos, Juan Francisco González que, aunque raras veces, ya había tomado parte en otras exposiciones.

Su carácter excéntrico y fogoso por una parte, las apremiantes necesidades de la vida real por otra, han contribuido á esterilizar hasta cierto punto su talento inquieto y chispeante que, si aun no ha volado muy alto, no es por falta de alas sino por falta de atmósfera. Y para probar su brillante complexión, basta mirar su variada exhibición de este año, retratos, paisajes, naturalezas muertas. En todo se ve la viveza de la emoción, la penetración de su vista y la espontánea destreza de su mano, esto es, un temperamento de artista, que se completará indudablemente con el estudio, pero que sólo necesita una ocasión favorable para darnos la medida de su fuerza. Su pequeño y delicioso "Paisaje de Quillota", su "Marina" y su paisaje de "Nota holandesa" en los cerros de Valparaíso, su mesa con "Callampas" y sus flores de durazno que él ha titulado "Primavera"; todos estos estudios hechos rápidamente en una buena hora de inspiración revelan un temperamento de artista como no tenemos muchos en Chile ni brotan diariamente en ninguna parte. Por lo mismo es que á González, que vive casi ignorado en Valparaíso, no desdeñan comprarle sus cuadros ni los mejores coleccionistas de Santiago, ni nuestro Museo Nacional ni nuestros mismos artistas, lo que es su mejor elogio.

Los jóvenes Eugenio Guzmán, Alfredo Cas-

tro y Alfredo Helsby se ensayan por primera vez, pero todos con éxito notable.

Guzmán parece muy preocupado de la factura, pero sus obras, más numerosas y más equilibradas que las de los otros dos, dejan sentir demasiado la influencia del maestro y no revelan todavía una personalidad.

Más desigual y menos experimentado, Castro exhibe un paisaje muy original, "Las Higueras" que denota un temperamento bien acentuado de colorista, igualmente visible en su "Naturaleza muerta".

Alfredo Helsby, diestro ya en la acuarela, se ensaya con desigualdad, pero siempre con talento en la pintura al oleo. Sus obras revisten un carácter muy especial de sinceridad y revelan una individualidad perfectamente determinada, cualidades de primer orden en un artista. Fecundadas éstas por el estudio, son la más segura prenda de un serio porvenir.

Un saludo también al joven Domingo Ugarte por su delicada nota, "Acequia de San José", y por su dibujo copiado de Knut Ekuel, "Él habla con mi madre", que tuvo la complacencia de retirar de la Exposición, á solicitud de la Comisión Directiva, deseosa de evitar un bochorno á una exponente injustamente laureada el año anterior.

Con esto creemos poder dar por concluida nuestra ligera revista del Salón.

El regreso de algunos de los artistas chilenos actualmente en Europa, la creación del premio en favor de los que sigan trabajando en el extranjero y la unidad que el Gobierno piensa dar al fomento y enseñanza de las bellas artes harán nuestras exposiciones periódicas más interesantes cada año.

PEDRO LIRA